

UNA APROXIMACIÓN A LA POÉTICA DE LA RESTAURACIÓN¹

por

JOSÉ FÉLIX MÉNDEZ

Puede parecer una paradoja, o quizá tan sólo una contradicción pretender reflexionar sobre el oficio de restaurar desde una aproximación poética; dado que se trata de una actividad en la que hoy, y cada vez más tanta importancia tiene la ciencia y la técnica como disciplinas auxiliares, materias aparentemente muy distantes de lo que pensamos como propio del mundo de la poesía. Han quedado atrás aquellos tiempos, no muy lejanos, en los que el restaurador era una especie de misterioso personaje, de extraño prestigio, y con una cierta leyenda romántica, que a veces se mostraba como poseedor de secretos conocimientos, heredados y adquiridos de alguien normalmente mayor que él y que, quedando en un segundo plano, y muchas veces habiendo desaparecido ya, llegaba a desempeñar el papel, en pasado, de maestro. Este peculiar artista-artesano se acercaba a la obra de arte, como si fuera un mago o alquimista propietario único de mágicas fórmulas, y tras un proceso que nadie llegaba a conocer la devolvía como algo ya diferente más “nueva” o más “antigua” según la moda del momento o su, digamos, personal sentido del arte de restaurar y que en definitiva suponía la clave de su mejor o peor fama.

Por suerte para la obra de arte y su conservación el restaurador es hoy un profesional cualificado, con conocimientos académicos, adquiridos en centros oficiales especializados, que trabaja con total transparen-

¹ Conferencia de clausura del curso de Conservación y Restauración de Bienes Culturales y Artísticos, 1996-1997, organizado por la Escuela de Arte de Zaragoza.

cia utilizando métodos y criterios homologados a nivel internacional, y revisados periódicamente en coloquios y congresos, y que deja, y debe dejar, testimonio documentado de su actuación en cada una de las obras en las que interviene para que se pueda conocer el tratamiento llevado a cabo. Y apoya su trabajo en los medios que la técnica actual pone a su disposición y en los conocimientos que la evolución de las ciencias le aportan, fundiéndose en él el técnico manipulador de instrumentos científicos y aparatos que responden a las últimas tecnologías, el artesano heredero de antiguas tradiciones, y el artista que vuelca toda su sensibilidad en dialogar delicadamente con la obra de arte para mostrarla en su belleza original manteniendo un difícil equilibrio con las huellas dejadas por el paso del tiempo. Es por eso que pueda parecer extraño, que ahora que el oficio de restaurar se muestra más cercano a la técnica científica que a la espontaneidad artística, hablemos de la poética de la restauración, cuando ya se han dejado atrás la subjetividad casi creadora del restaurador, sus emociones personales no siempre controlables, y las tentaciones de hacer arte a costa del arte.

Pero seamos capaces primero de pensar que la poesía no está únicamente en el poema escrito, no todos los poemas que se escriben son poesía, no todos los que escriben poemas son poetas ni todos los poetas escriben poesía; seamos capaces de pensar que la poesía está en la vida, en el hecho cotidiano del vivir, de ser hombres; que puede estar en cada uno de nuestros actos más pequeños, más aparentemente insignificantes, en cada manifestación de nuestras emociones, y por supuesto en cada una de nuestras creaciones. Surgirá entonces la pregunta: sí, pero, si todo esto es cierto ¿cómo podemos conocer esa poesía de lo cotidiano? ¿cómo descubrirla? ¿cómo saber en definitiva qué es poesía? Si cayéramos en la tentación de querer definir la poesía nos perderíamos en innumerables especulaciones, teorías, y estudios, que al fin no serían más que vanas aproximaciones a definir lo que por esencia es indefinible; no recomendándoles por tanto otro camino que no sea el de aceptar, sabiéndola entender, la respuesta que esta pregunta da uno de los más grandes poetas de nuestra lengua, Bécquer. La rima XXI, que en una lectura superficial puede parecer tan sólo expresión de una emoción eminentemente romántica, habiendo sido tomada en muchos casos como un ejemplo de la personalidad propia de este movimiento literario, es sin embargo la aproximación más fiel que conozco a lo que la poesía es. “¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas/ en mi pupila tu pupila azul./ ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?/ Poesía... eres tú.” Y como complemento a esta declaración recojo de sus *Cartas literarias a una mujer* algunas de las afirmaciones que va sembrando en ellas: *la poe-*

sía es amor dice en una, en otra: *el amor es un misterio*, por tanto no nos equivocaremos demasiado si llegamos a la conclusión de que la poesía sea un misterio. Escribe en otra: *poesía eres tú, te lo he dicho. Porque la poesía es el sentimiento*. Y aunque en ningún caso debamos de considerarlas como definiciones, ni fue esa la intención del poeta, sí que son intentos de comunicar de algún modo inteligible lo que únicamente pertenece al mundo de los sentimientos, a ese mundo complejo de nuestra intimidad que cuanto más cultivamos más difícil nos resulta definir y para el que las palabras no son más que limitadas expresiones incapaces de transmitir lo que sentimos. Podríamos hablar por tanto de la poesía como de algo inexplicable relacionado con el mundo de los sentimientos, a la que podemos sentir pero no definir. Se siente en poesía, se tienen sentimientos poéticos, nos emocionamos con el contenido poético de ciertas expresiones, de ciertas imágenes, de ciertos sonidos, de ciertos roces, es decir de aquello que a nosotros llega a través de los sentidos, pero también de aquello que nace en nosotros, que es parte de nosotros mismos, que pertenece a las zonas sensibles más profundas de nuestra intimidad, de nuestra alma; aquellos sentimientos que son expresiones inevitables de nuestro ser sensible.

Pero, si, como decía antes la poesía está en la vida, y no sólo en algunos libros de poemas o en determinadas obras de arte ¿cómo ser capaces de hallarla?, ¿qué nos impide saberla vivir en lo cotidiano?, ¿en dónde está el obstáculo para que no se produzca la emoción del encuentro? Toda esta incapacidad de respuesta que nos hace ciegos y sordos a la poesía está en nosotros mismos, porque no sabemos vivir en poesía, me atrevería a decir que incluso porque no sabemos vivir. Un conocido poeta de este país, desaparecido hace unos pocos años, en el transcurso de una conversación me recomendó como de pasada, y sin entrar en el tema, que viviera como poeta. No sé si él vivió mucho como poeta, o al menos en el sentido en que yo entiendo la poesía; pero lo que quiso decir entra de alguna forma en el tema sobre el que estoy tratando de reflexionar. El hombre, en el difícil discurrir de su vida, va cediendo de sí, va quedándose en el camino; a no ser que mantenga la guardia alta, va dejando de ser él, de pertenecerse. Los ideales de juventud, los anhelos, los compromisos con uno mismo, a golpe de vida parecen quedar relegados, abandonados, como algo que al final aceptamos como no imprescindible para vivir. En ocasiones la vida es tan dura, o su exigencia tan fuerte, que parece como si nuestra alma perdiera altura, perdiera vuelo, y nos quedáramos prisioneros de lo cotidiano, viviendo a ras de suelo, amordazando sentimientos que erróneamente consideramos que

ninguna utilidad tienen para vivir, para luchar en esa cruenta batalla en la que si queremos podemos convertir la vida.

Si fuéramos capaces de vivir despiertos a la vida, despiertos de la vida, conscientes de tanto como la vida cada día nos está ofreciendo de belleza, de amor, de dones gratuitos que sin ningún esfuerzo por nuestra parte nos vienen dados. Si fuéramos capaces de liberarnos de tantas ataduras inútiles, de tantas obligaciones sin sentido, de tantos condicionantes con los que agobiamos constantemente a nuestro corazón, de tantas frustraciones como arrastramos, de tantas ambiciones dirigidas hacia tan poco. Si fuéramos capaces de recuperar el hombre que somos, nuestra humanidad original; y sabernos y sentirnos libres, saber ser libres, y saber que solamente la verdadera libertad puede venirnos del amor. Si fuéramos capaces de amar a la vida sin condiciones, con generosidad, y abriéndonos a ella, estaríamos en el camino de saber recibir la poesía de la vida. Con el corazón tranquilo, sereno y limpio, es como Bécquer, por recurrir otra vez a él, concibe la disposición del poeta para poder escribir poesía, para poder acoger la inspiración creadora de la que surgirá la obra de arte. Sólo con el corazón limpio, y una disposición esperanzada al hecho de vivir, con la consciencia de quiénes somos y dónde estamos, podremos ser capaces de descubrir la poesía de lo cotidiano, la poesía que reside en lo mínimo, la poesía de la intimidad, de lo imperceptible, de nuestros afectos; la poesía que es la esencia de nuestra sensibilidad, que se manifestará en nuestros actos sensibles si somos capaces de no amordazarla. Se ha dicho que la poesía puede cambiar el mundo, que el destino de los poetas es el de hacer posible un mundo mejor; así expresado, sin más, no pasaría de ser una afirmación construida con grandes o pretenciosas palabras; deseos fácilmente calificables como utópicos o ingenuos. Pero pensemos que la poesía de la vida, la poesía, como decía antes, de lo cotidiano, vivida conscientemente y no acallada, hace al hombre mejor, es una ayuda en su camino de perfección, en la evolución de su bondad; y esto, en definitiva, sí que puede suponer una transformación del hombre o al menos una nueva forma de estar en la vida, de entender la vida; y este hombre transformado, evolucionado, sí que será capaz, junto con otros hombres como él, de hacer un mundo mejor.

La obra de arte es algo más que el resultado del esfuerzo creador del hombre; es más que el testimonio de una cultura o una etapa histórica. La obra de arte es una manifestación de vida. En la obra de arte hay más que una técnica bien ejecutada, que una adaptación a los gustos de una época, que una renovación o transformación de tendencias artísticas o

de estilo. En la obra de arte está la vida del artista, con sus dudas, sus inquietudes, su esfuerzo, incluso su dolor y su alegría; la obra de arte es la emoción y la sensibilidad del artista hecha materia, en la que deja el rastro de su vida. Si en una obra de arte no han quedado jirones de la vida del artista, no será una obra de arte, será tan sólo un producto, mejor o peor conseguido, de la técnica o de la habilidad, pero difícilmente transmitirá emoción difícilmente hará vibrar las finas cuerdas de la sensibilidad. La obra de arte surge, en esencia, de la necesidad de dar cauce a sentimientos que urgen manifestarse y hacerse expresión tangible; surge de las emociones poéticas de la intimidad más profunda del hombre, de la fibra más humana y sentimental que necesita hacerse materia, expresarse en la materia y comunicarse a través de la materia. Y en la obra de arte, así creada, queda la poesía de las emociones y del vivir del artista como vida vivida, como avidez y saturación de vida, como experiencia y rastro de su vivir.

Cuando el restaurador toma en sus manos una obra de arte para restaurarla sabe que aquello es algo más que materia hecha belleza, que algo más se ha mantenido en ella a través de los siglos. En sus manos tiene algo más que materia deteriorada por la dejadez e indiferencia de los hombres, algo más que una herencia histórica o cultural, que un reto con que satisfacer su vanidad profesional. Tiene ante sí el resultado del esfuerzo creador de un hombre o unos hombres que hace siglos dejaron en ella parte de sus vidas, y que los actos que transformaron la materia bruta en belleza obedecieron a vitales impulsos que, respondiendo a una especie de irreprimible anhelo de perennidad, no eran más que expresión poética de su interior sensible.

Y es por eso que el restaurador al ponerse ante la obra de arte que quiere restaurar sólo podrá hacerlo desde una actitud de responsable humildad, de inteligente silencio, y sin medida del tiempo. Desde el silencio que sabe escuchar oír la voz inconfundible del artista diciéndole lo que quiso hacer; la voz segura y firme de la obra indicándole el camino a seguir. Necesita el tiempo para poder esperar pacientemente la llegada de la voz, de la voz que llega de puro mirar, de puro ver, de no agotarse de buscar. Necesita el tiempo para no equivocarse la voz, para saber distinguirla de otras voces, para saber identificarla en la confusión de otras voces, de otras influencias, de otros ámbitos; para no dudar y saber que es la verdadera voz, la voz aún viva del creador que le habla desde la obra. Tiempo y silencio sólo disponibles desde la humildad de quien sabe que debe renunciar a la humana tentación de querer competir con el artista, de mejorarlo o sustituirlo; porque sólo desde la

humildad podrá darse el tiempo y la paciencia necesarios para escuchar, para saber leer en la obra, para saber en definitiva qué es lo que debe hacer.

Los conocimientos técnicos o científicos que el restaurador ha aprendido le permiten tratar la materia de la obra de arte en las mejores condiciones para su recuperación, pero existe algo más en su trabajo que la manipulación de la materia, y es su encuentro con el artista, la entrada en el alma de la obra donde está aguardándole el alma del artista para que la sepa devolver al tiempo, para que la sepa rescatar de la suciedad, de la ruina, de la agonía lenta que supone ese irse del mundo poco a poco, en silencio, en el olvido, y en el abandono.

El restaurador va siguiendo el camino que caminó el artista, va siguiendo sus pasos, al encontrarse con las huellas de su trabajo, con el rastro de sus pinceles, la impronta de las gubias, de los escoplos, de los cinceles; descubriendo las jornadas de trabajo, los arrepentimientos de sus dibujos; descubriendo sus recursos para solucionar problemas de ajustes o de proporciones. La sensibilidad del restaurador se identifica con la del artista hasta casi sentirlo sentir, dudar, vivir; hasta casi adivinar sus intenciones. El artista al crear estaba despierto a la vida y el restaurador despierta el artista de nuevo a la vida; lo trae de nuevo a la vida a través de su obra recuperada; arranca de la materia la poesía íntima del artista, la poesía de su vivir y su sentir, oculta en la materia elaborada para aquellos que no saben ver, mirar, descubrir; oculta en la materia destrozada por la peor dejadez, la indiferencia o la desidia, haciéndola poesía viva para aquellos que saben ver; para aquellos que no han amordazado su capacidad de sentir libremente el disfrute de vivir, para aquellos que saben oír la poesía de su corazón y hacerla vida. Y éste es el trabajo lento y paciente de la humildad, porque el restaurador en esta sensible y delicada tarea de recuperación de la obra de arte debe saber renunciar a ser un artista, debe hacer callar al artista que pueda llevar dentro, y lo lleva en mayor o menor medida; debe renunciar a suplantar al artista que la creó, de renunciar a mejorarla, a modificarla, reinventarla, a hacerla nueva. El restaurador no puede dejar su firma porque la obra mejor restaurada es aquella en la que no se nota que haya habido otra intervención que la encaminada a su adecentamiento.

Y es que el restaurador llega a sentir la mano del artista en su mano. De puro oír su voz, puede incluso sentir que el artista le guía, le invita a hacer, porque de tanto tiempo en diálogo con la obra se sensibiliza tanto a ella que se despierta en él la necesidad de expresarse, de decir las emociones con las que está vibrando de tanto acariciarla, de expresar unos

sentimientos que no puede definir y que no son otra cosa que consecuencia de su capacidad de sentir poético. Pero sabe que no puede transgredir los límites éticos de su quehacer, que debe resignarse a ser tan sólo descubridor de la sensibilidad de otro, de un hacer originario; como decía antes, sabe que no le está permitido en ese trabajo ser artista. Pero nadie, ni él mismo podrá evitar que, incluso en el aspecto más técnico, más mecánico, de su actuación quede una imperceptible huella, como una especie de ligero halo de tenue vaguedad que no será más que el perdurable rastro de las vibraciones poéticas que en su intimidad han surgido durante el tiempo vivido en contacto con el bien que está restaurando, y que en definitiva será el rasgo indeleble de su personalidad y de su identificable ser sensible.

Y puesto que estamos en el acto de clausura de un curso parece inevitable la necesidad de dar a los alumnos que lo han seguido algún consejo útil que les permita orientarse con más certeza por la senda de una nueva actividad. Y es éste: que arrojen lejos de sí la idea de que son restauradores, que consideren que este curso no ha sido otra cosa que una aproximación al difícil, y muy comprometido, oficio de restaurar. Y que las enseñanzas que han recibido las entiendan, a través de lo que debe hacerse, como una reflexión sobre lo que no debe nunca hacerse, y un medio de conocer en qué medida una actuación irresponsable, y planteada con ligereza, puede destruir irremediablemente y para siempre una herencia histórica, por muy insignificante que pueda parecer la obra a restaurar, que tenemos la obligación de salvar, y transmitir a las generaciones que nos siguen, en las mejores condiciones de conservación.

Que este curso haya servido en esencia para despertar o consolidar una vocación o rechazarla en su caso; y que a partir de esa aceptación, se den los pasos oportunos para recibir una formación, la mejor formación, que les convierta en profesionales responsables, y sensibles, a lo que en verdad es y significa restaurar hoy una obra de arte.